



LXVII

Al clamor hondo y ahogado, á la palpitante angustia que infundió en los corazones la caída del joven gimnasta, sucediera sombrío estupor, y en el circuito, atestado de espectadores, el estupor se mani-

festaba con el silencio, uno de esos silencios *espantables*, según frase de un hombre del pueblo, que derrama sobre las muchedumbres el minuto consecutivo á una catástrofe imprevista: y en medio del silencio, remotos, esparcidos aquí y acullá, se entreoyen

llantos de niños y se comprende que los acallan sus madres apretándoles contra el pecho.

Hombres y mujeres permanecían inmóviles en sus localidades, lo mismo que si la función no hubiese tenido funesto término ya. Deteniales el acre deseo de ver al caído; verle un momento en pie, diciendo, con su presencia en los brazos que le sostenían, que no estaba muerto del todo.

La masa compacta de los picadores, como pelotón de soldados que tienen orden de aguardar á pie firme, interceptaba la entrada del pasadizo interior, apoyando las manos en la barrera y sin dejar traslucir ninguna cosa en sus rostros vueltos. En mitad del redondel, el maderamen y accesorio del último ejercicio permanecían abandonados, sin que nadie se ocupara de recogerlos; los músicos no soltaban sus instrumentos, pero tenían suspenso el aliento y la mano; y era trágica y singular la repentina parálisis de tantos cuerpos, suspensión de la animada y ruidosa vida con que vive el espectáculo de los juegos de la fuerza.

Y el tiempo seguía corriendo, y no llegaban noticias.

Al fin se destacaba del grupo un picador; se adelantaba como diez pasos, hacía tres saludos muy graves, y entre el sordo *¡ah!* de satisfacción con que se dilataban los pechos, decía al público:

—La Empresa pregunta si por casualidad hay un cirujano entre la concurrencia.

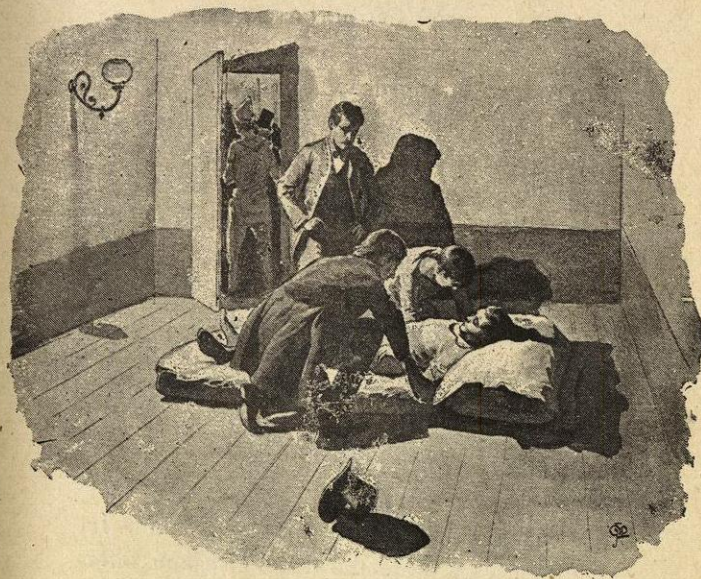
Los espectadores que estaban próximos trocaban miradas interrogadoras y graves, y leves fruncimientos de labios, y sacudidas de cabeza, de esas que entierran á una persona; y entretanto, un hombre joven todavía, melencólico, de pensativos y negros ojos, se abría paso por entre las banquetas, á través de la multitud, y se dirigía hacia el ingreso, seguido por cientos de ojos que se le clavaban en la espalda con cruel curiosidad.

El público permanecía sentado, sin resolverse á despejar el recinto, aguardando, y al parecer dispuesto á no moverse de allí hasta que Dios determinase.

Los mozos del Circo, con ademanes de persona muy preocupada, cuchicheando, desmontaban la armazón del trampolín; otros comenzaban á apagar el gas, y como la oscuridad que descendía sobre el recinto semi-

tenebroso no hiciese levantarse á nadie, las acomodadoras empezaron á retirar los banquillos bajo los pies de los espectadores; empujaron, con suave violencia, á la multitud hacia la puerta, y al fin fué saliendo muy despacio, con el rostro vuelto hacia el sitio por donde se habían llevado á Nelo, mientras sobre el silencioso desfile se alzaba un confuso rumor, un zumbido vago, un indistinto murmullo que en los sitios de apretura y los estrechos corredores, se convertía en esta frase:

—El menor se ha partido las dos piernas.



LXVIII

Rodilla en tierra, se inclinaba sobre Nelo el cirujano, y Nelo yacía tendido en el colchón de la batuda, el vasto colchón encima del cual salta toda la compañía en los ejercicios de volteo con que rematan generalmente las funciones.

En torno del herido giraban las gentes de

la compañía, que después de fijar la vista en su pálido rostro, desaparecían ó se ponían á charlar en voz baja por los rincones,—del público que se empeñaba en no salir, de la inoportuna indisposición del médico del teatro, y además de la sustitución del tonel de lienzo, que había de servir para el ejercicio de los dos hermanos, con un tonel de madera que no se sabía de dónde había venido; todo entreverado de exclamaciones.

—¡Cosa rara!

—¡Da en qué pensar!

—¡No se comprende!

Transcurrido un buen rato, las manos inteligentes y tanteadoras del cirujano soltaron la pierna, á cuyo extremo, á través de la desgarrada malla de seda, pendía un pie torcido é inerte. Alzó la cabeza el facultativo, y dirigiéndose al Director, que permanecía de pie frente á él:

—Sí—articuló:—hay fractura de ambas piernas, y en la derecha, aparte de la fractura del peroné, otra fractura *conminutiva* en la base de la tibia. . . Voy á darle á usted un par de renglones para mi hospital... Haré la reducción yo mismo, porque las piernas son el pan de este mozo.

—Caballero—pronunció Juan, hincado de rodillas al otro lado del colchón.—El herido es mi hermano... de veras; y le quiero lo bastante para pagarle á usted tanto como un rico... andando el tiempo.

Miró el cirujano á Juan un instante, fijando en él sus ojos grandes, dulces y tristes, que parecían penetrar lentamente en los objetos y los seres: y ante el reprimido dolor, la desesperación profunda de aquel hombre, más desgarradora para quien le veía con el traje de acróbata y las lentejuelas de sus oropeles, exclamó:

—¿Dónde viven ustedes?

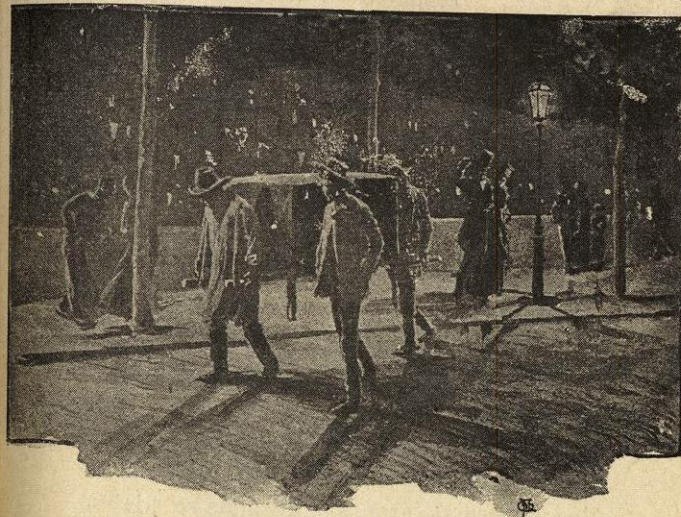
—¡Muy lejos, muy lejos!

—¿Pero se puede saber dónde?—reiteró el cirujano en tono casi rudo.—Bueno—repuso así que Juan le hubo dado las señas;—tengo una visita esta noche al extremo del barrio de San Honorato. Estaré en casa de ustedes hacia eso de media noche... Provéstese usted de tablillas, barrenos y cordones...; cualquier boticario le dirá á usted lo que le hace falta... Por ahí debe de haber en algún rincón unas parihuelas... justamente forman parte de los accesorios... con eso el herido sufrirá menos al trasladarle.

Ayudó el cirujano á cargar al joven payaso en las parihuelas, y mientras lo llevaban, sostuvo con suma precaución la pierna rota por dos partes, la colocó, la arregló, y dijo á Nelo:

—¡Animo por un par de horitas, hijo mío, que allá iré yo!

Con ademán de tierna gratitud, inclinóse Juan y trató de alcanzar y besar la mano del cirujano.



LXIX

Entre la oscuridad nocturna y los transeuntes que un momento le seguían con los ojos, durante el largo trayecto del Circo á las Ternas, Juan caminaba al lado de su hermano, con ese aspecto petrificado y automático que se advierte en toda persona que, anonadada, escolta á unas parihuelas cuando se dirigen al hospital al través de las calles de Paris.

Subieron á Nelo á su cuartito, y llegó el cirujano casi al mismo tiempo en que Juan y los dos cargadores del Circo acababan de depositarlo en el lecho.

Horriblemente dolorosa fué la reducción. Hubo que practicar la extensión del miembro, cuyos huesos se habían montado algún tanto unos sobre otros. Juan se vió en la necesidad de ir á despertar á un vecino, y entre los dos se consagraron á estirar el miembro.

No revelaba Nelo cuanto padecía sino en las crispaciones de su rostro, y á pesar de los atroces dolores, sus miradas se fijaban en su hermano, le alentaban tiernamente, y parecían decirle, al notar su palidez: ¡ánimo!

Así que los fragmentos del hueso de la tibia volvieron á su natural posición, y estuvieron colocadas las tablillas y empezado el vendaje, el duro y estoico Juan, que hasta entonces había permanecido firme, de repente fué presa de un desmayo. No de otro modo los militares, ya veteranos y endurecidos por las batallas, suelen desmayarse á la vista de una sangría que hacen á su mujer, durante un embarazo.



LXX

Terminada la cura, habiéndose despedido el cirujano, y colocado encima del lecho un cubo de agua que derramaba gota á gota su frescor sobre ambas piernas, las primeras palabras que pronunció Nelo, al sentir que se calmaban sus dolores, fueron:

—Oye, Juan: ¿para cuántos días dicen que tengo broma?

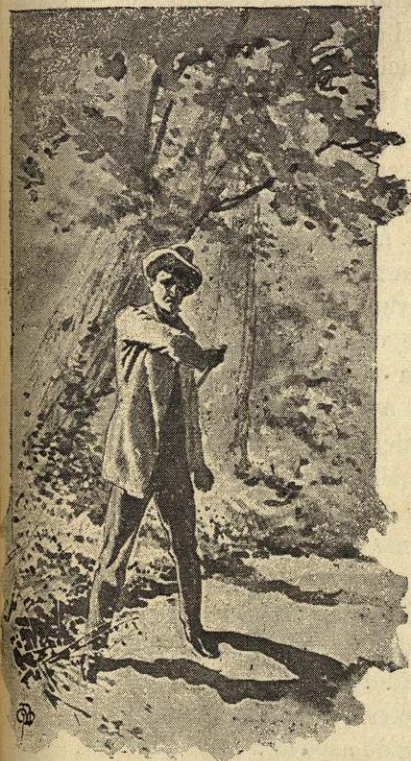
—No dijo nada el doctor... ¡Qué sé yo!... Aguárdate... Se me figura que cuando en Midlesborough el bueno de Adams... ¿no te acuerdas?... se partió una pierna... fué cuestión de seis semanas.

—¡Tanto tiempo!

—¿Y qué haces ahora con pensar en eso?
No te ocupes...

—¡Tengo sed... de beber!

Entonces comenzaba á abrasar todo el organismo de Nelo la tenaz calentura, y en ella sucedían á los agudos dolores de la fractura otros diferentes, pero á menudo intolerables: calambres, estremecimientos que un instante causan la impresión de otra rotura en los ya quebrantados miembros; la misma tirantez del talón inmóvil sobre el cojín, que á la larga produce en la carne y en los nervios efecto cual si los barrenase un cuerpo duro; el propio enfriamiento del pie, sensación intolerable que origina el incesante gotear del agua. Y esta fiebre y estos dolores, que por las noches se recrudecían de extraña manera, determinaban en Nelo un terco insomnio por espacio de una semana.



LXXI

Seguía á las malas noches tal cansancio, que Nelo dormía por el día algunas horas. Juan le guardaba el sueño; pero en breve la triste inmovilidad de las piernas del enfermo, que contrastaba con la agitación del tronco, las contracciones del semblante, los

gemidos involuntarios que se escapaban de la boca, cerrada á toda queja durante la vigilia, todo cuanto veía en aquel lecho de martirio y aquel doloroso descanso, se convertía en acusación tácita para Juan, y al cabo de breves instantes, levantándose de su asiento, andando en puntas de pies, tomando el sombrero con gran cuidado, salía, no sin rogar á una moza de la casa de vacas que velase á su hermano mientras él permaneciera ausente.

Andando sin rumbo fijo, siempre iba Juan á dar al bosque de Bolonia, situado á poca distancia de su vivienda, y allí, huyendo de las grandes avenidas donde las gentes felices pasean alegremente su dicha, se perdía en alguna calle estrecha y solitaria.

Exaltado por la caminata, dejaba hablar alto y libremente á su dolor, que brotaba semejante á los gritos entrecortados con que suelen salir y derramarse del pecho, á solas, las grandes y hondas pesadumbres.

—¡Qué estúpido! ¡Estábamos tan bien!... ¡Tan bien como estábamos!... ¿Para qué se me habrá antojado aspirar á más? ¡Maldita, maldita la falta que nos hacía dar un salto como nadie lo dió nunca!... ¡Dejar atrás

á todos!... ¡Infeliz de mí! ¡Lo que vino á resultar! ¡Yo fui, yo!... ¡Él no sentía este condenado afán de hacerse célebre! ¡Él que no... y yo que sí!... Y cuando la criatura se resistía, ¡dale con decirle que adelante! Él obedecía... y seguía... y seguía... y lo hacía todo... Se tiraría de un balcón, ¡claro está! si yo se lo mandase... ¡Quién nos diera otra vez en los tiempos de la *Caravana*...! Vaya si le diría... ¡hijo, titiriteros nacimos, titiriteros muramos... Sigamos con esta vida aperreada hasta que se acabe!... ¡Yo fui, yo, yo solo! ¡Por mí sucedió la desgracia!...

Pensando detenidamente en la lozana juventud de su hermano, en su condición Perezosa é indolente, en su inclinación á gozar dulcemente la vida sin molestarse, sin correr tras la gloria, acordábase de cómo por medio de su ejemplo, sus ansias de renombre, su duro celibato, había contrariado, estorbado y cohibido aquella vida sacrificada á la suya; y, por último, en medio de su cavilación, salía al labio, con el amargo sabor del remordimiento:

—¡Y luego... si era claro como el sol!... ¡Él cargaba con el mochuelo! ¿A qué me

expuse yo?... Vamos á ver, ¿á qué? ¡Él en cambio... cinco pies más! ¡Cinco pies que saltar hacia arriba! ¡Y no ocurrírseme, bruto de mí, no cruzarme por el pensamiento que podía matarse! ¡Sí, sí, no está malo el negocio! Yo metiéndome las manos en los bolsillos, mientras él... ¡Rayo del infierno! ¡Merezco un presidio!

Y rompiendo á andar á paso redoblado, con mudo furor, azotaba á diestro y siniestro con su junquillo las altas hierbas de los linderos de la calle de árboles, encontrando—al doblarse sobre rotos tallos las infelices plantas del angosto sendero,—alivio á su tortura.



LXXII

El cirujano había simpatizado con los dos hermanos y su conmovedora fraternidad, y no faltó un día de la primera semana á levantar el apósito, aflojarlo, ceñirlo.

En su última visita dijo á Juan:

—No se ha movido ni alterado la posición del miembro... Toda hinchazón ha desaparecido... El *callo* se forma normalmente... ¿Y dice usted que sigue pasando malas noches? Pues lo que es calentura, no se la encuentro... En fin, ya que usted se empeña, le daremos algo para que pueda dormir.

Y escribió una receta.

—Salta á los ojos—prosiguió el cirujano—que su hermano de usted se aburre de estar quieto... que el cuerpo se resiente de la malhadada interrupción de sus trabajos... Tiene frita la sangre el pobre chico; se consume. Pero viva usted seguro de que el estado general no ofrece nada de alarmante, y de aquí á pocos días desaparecerá la alteración nerviosa, la excitación, el insomnio. ¡Lo de las piernas será más largo!

—¿Cuánto tiempo opina usted que tendrá que estarse así?

—Me figuro que hasta pasados dos meses no podrá servirse de las muletas... Sobre cincuenta días más... Vaya usted, de todos modos, encargando las muletas; cuando las vea, tendrá esperanzas de andar pronto.

—¿Y cuándo?...

—Ya, ya estoy... ¿Que cuándo podrá vol-

ver á su oficio, eh? ¡Amigo mío, si no fuese más que la fractura de la pierna izquierda! Pero las de la derecha... tan graves, y que interesan la articulación... ¡Qué diantre!—continuó al ver la tristeza que inundaba el rostro de Juan.—Lo que es andar, sí, andará sin muletas; pero... En fin, la naturaleza á veces hace milagros. ¿Y tiene usted algo más que preguntar?

—No—murmuró Juan.





LXXIII

El opio de las pociones calmantes que de noche tomaba Nelo, poblaba la calentura de su agitado sueño con raras visiones.

Soñaba que estaba en el Circo. Era el Circo y al mismo tiempo no lo era, como suele ocurrir en sueños, estado en que nos orientamos por sitios que reconocemos aun cuando han perdido y mudado enteramente su forma y ser. El caso es que en la pesadilla

de Nelo había alcanzado el Circo proporciones colosales, y los espectadores, sentados en torno del redondel, le parecían borrosos y sin cara, como gentes vistas desde un cuarto de legua de distancia, y las lucernas, que parecían multiplicarse y reproducirse sin cesar, no podían contarse, y su luz era extraña y algo semejante á la de las bujías reflejada por los espejos, y había una orquesta tamaña como un teatro entero y verdadero, y los músicos se zarandeaban como energúmenos, pero sin arrancar el más leve acorde ó nota á sus mudos violines é insonoros instrumentos de metal. En el espacio infinito no se veían sino aéreos remolinos de corpezuelos infantiles, encima de pies de hombres invisibles, rápidas huidas de caballos que sostenían en su tendido crinaje al picador, parábolas descritas por cuerpos de gimnastas, que no se resolvían á caer y flotaban como si estuviesen exentos de obediencia á la ley de gravedad. Allá en lontananza se prolongaban y perdían callejones de trapecios que recorría volando un salto mortal nunca acabado; y se abrían calles interminables de círculos de papel, al través de los cuales pasaban eternamente mu-

jerer vestidas de gasa, mientras impasibles y brincadoras funámbulas descendían de alturas no menores que lá torre de la Catedral.

Todo se confundía y borraba bajo el gas que palidecía, y al propio instante, desde las profundidades del Circo, se precipitaban mil payasos vestidos de negro, con un esqueleto bordado en seda blanca sobre su ceñida vestidura, y en la boca pedazos de negro papel que remedaban el oscuro agujero de los dientes faltosos. Encajados unos en otros, andaban balanceándose con movimiento único y simultáneo, y ondulando como lengua serpiente, daban la vuelta al redondel. Surgían de tierra delgadas columnas, y de improviso los mil payasos aparecían cada cual encima de su pilar, sentados sobre el borde de las nalgas, puestas las manos de plano en las plantas de los pies, que alzaban de cada lado más arriba de la cabeza, y mirando al público por entre piernas, con la inmovilidad de enharinadas esfinges.

Reanimábase otra vez el gas, y al volver la luz volvían á adquirir vida humana los rostros de los espectadores, antes espectrales, y desaparecían los negros payasos.

Entonces, y con saltos, volteos y brincos, cuyas lentejuelas pasaban dejando en el cielo un surco como de resplandor de estrellas erráticas, poníase en movimiento cuanto había en derredor, entre dislocaciones nunca vistas, miembros de goma elástica que se anudaban en rosetas como cintas, anatomías gigantescas que se plegaban y cambiaban en cofrecillos; una pesadilla de cuantos imposibles realiza el cuerpo humano. Y entre los absurdos del sueño, mezcladas y confundidas las cosas que había presenciado con las que su hermano le leyera, veía Nelo un juglar indio que se sostenía en equilibrio de un modo incomprensible, sentado en la arandela de un ligero y gigantesco candelabro de dos brazos; un Alcides contemporáneo, levantando en vilo por el estribo, con la fuerza de sus mandíbulas, un ómnibus lleno; un acróbata antiguo saltando á la pata coja sobre un odre inflamado y untado de grasa; un elefante bailando y haciendo volatines, con aérea agilidad, sobre un alambre.

Volvió á disminuir el gas, y un rápido momento reaparecían los negros payasos sobre las columnas.

Y empezaba otra vez el espectáculo. Ahora lo alumbraba la claridad misteriosa en que los objetos pierden su color y reverberan con el brillo glacial y cristalino de las figuras y asuntos grabados en las lunas de Venecia. Era como blanco sol pirotécnico hecho de piernas femeniles, brazos masculinos, torsos de niños, ancas de caballos, trompas de elefantes; un movimiento rotatorio de miembros, músculos y nervios de hombres y bestias, cuya creciente rapidez causaba al dormido impresión de doloroso cansancio en todo el cuerpo.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO R. YES"
Año 1825 MONTERREY, MEXICO